

“No creo en las metas inalcanzables”

Contigo aprendí, la novela con la que **Silvia Grijalba** ha ganado el premio Fernando Lara 2011, cuenta la historia de su abuela, una mujer que en los años 30 vivió en Cuba y Nueva York, donde conoció a celebridades como Parker o Porter. La escritora reconoce que, al fin, todo empieza a tener sentido. **Curro Cañete**

QUIÉN SOY. Me considero una persona valiente y con un punto de locura. También soy una persona muy apasionada. Y creo que empática y bastante tolerante. No se me ocurre juzgar a mis amigos. Si me piden consejo, aconsejo, pero dejando claro que si no comparten mi opinión vamos a seguir siendo igual de amigos. Me considero tenaz, aunque esto puede ser al mismo tiempo uno de mis peores defectos: puedo ser muy cabezota. Y a veces eso no es bueno. Creo que la clave de la felicidad está en valorar lo que se tiene y en ser consciente de qué se puede conseguir y qué no. Quiero decir que es bueno marcarse metas, pero que no sean inalcanzables, para que no te lleven a la eterna insatisfacción. ¿Mis hobbies? La música, claro, que es lo que en el fondo deja huellas más hondas. He oído miles de canciones, he investigado en el jazz, la electrónica, la música concreta y la world music (incluso), pero, en el fondo, lo que siempre me va a entusiasmar, a emocionar, a volver del revés, es cualquier música que me remita a Bauhaus, Joy Division, Siouxsie, Cole Porter... Ésa es la base, lo demás es racional, puede gustarte, pero no es lo mismo. No son las cosquillas en el estómago, el enamoramiento. Ahora, eso sí, salgo menos de noche y disfruto más con los placeres sencillos: es esencial el contacto con la naturaleza, leer, escribir y, en definitiva, estar tranquila.



BIOGRAFÍA

Silvia Grijalba nació en Madrid hace 43 años, pero, al poco tiempo, sus padres se trasladaron a Torremolinos (Málaga), donde vivió hasta los 17. A esa edad se mudó a Madrid para estudiar Periodismo, y entró en el periódico *El Mundo* desde su fundación. Cubrió todos los conciertos habidos y por haber y destacó como cronista musical y periodista de la contracultura. Tenía un trabajo seguro que le gustaba, pero que no le permitía hacer lo que siempre había soñado: escribir novelas. Algunos la llamaron “cabeza loca” cuando, hará diez años, decidió abandonar su puesto fijo. Nunca se arrepintió. Ha publicado las novelas *Alivio rápido* (2001) y *Atrapada en el limbo* (2005), colabora en diversos programas de televisión y dirige el Festival de Palabra y Música de Spoken Word.



“UNA PERSONA **ARROLLADORA**”

Mi abuela, María Luisa Álvarez, a la que con el tiempo me voy pareciendo más –en carácter, no físicamente, por desgracia–, era una persona arrolladora, llena de carisma, valiente y modernísima para su época, e incluso para nuestro tiempo. Mi abuela siempre fue un mito para toda la familia. Su belleza extraordinaria, sus excentricidades, su vida absolutamente fuera de convencionalismos, su inteligencia y esa existencia llena de glamour. Afortunadamente, tuve mucho tiempo para estar con ella, y una de las costumbres que más me gustaban en mi infancia era irme a su cama y desayunar juntas, mientras me contaba historias de su apasionante vida. Han tenido que pasar dos novelas y la muerte, tanto de ella como de mi padre, para que me atreviera a escribir este libro. Fue una mujer que vivió como quiso, a pesar de que cometiera errores de los que siempre, aunque no lo reconociera, se arrepintió, pero que tuvo eso que se llama “una vida de novela”. Y me gustaba mucho de ella que fuera una mezcla entre una cosa muy frívola y una mujer muy inteligente. Arriesgó un montón de cosas haciendo lo que pensaba que debía hacer.

“NUESTRA **COMPLICIDAD** ERA MÁXIMA”

Él ha sido una de las personas más importantes de mi vida. Ahí estoy con mi padre en el jardín de Villa Radis, un caserón precioso que tenía mi abuela en Asturias y en el que yo pasaba muchos veranos. Nuestra complicidad era máxima, y él es quien me ponía discos de jazz y me inculcó el amor por la música, la literatura, el arte. Tenía un humor muy parecido al mío, muy inglés, y mi parte más loca y mis excentricidades también vienen de él. No era artista, pero sí que tenía un espíritu muy artístico. Lamentablemente, murió hace cuatro años.



“YA TENÍA **CARÁCTER**”

Ahí estoy en Casares, uno de los pueblos más bonitos de Málaga. Yo tendría ocho años, y en aquella época mis padres y yo íbamos allí a comer casi todos los domingos. Mi infancia en Torremolinos fue bastante feliz. Yo no tenía hermanos, pero a veces iba con mi madre a comprar regalos e imaginábamos que sí los tenía. Allí había playa, libertad y yo iba a un colegio en el que casi todos los niños eran extranjeros. Se llamaba El Rincón y era muy moderno. Te enseñaban yoga, algo rarísimo en los 70, y te daban paseos para enseñarte las plantas. Pronto empecé a ser rebelde. Recuerdo que cuando me tocó hacer la comunión me negué a hacerla normal. Me empeñé en comulgar por primera vez sin que el cura lo supiera. Mi abuela tuvo un disgusto enorme, pero mi madre, aunque no le hizo mucha gracia, lo consintió. Fue en una ermita preciosa. A los ocho años ya tenía mi carácter.



“UNA CIUDAD ESENCIAL EN MI VIDA”

Esa foto es de un viaje que hicimos Javier Colis y yo a Londres en verano de 2009. Londres es uno de mis lugares preferidos y, sin duda, una ciudad esencial en mi vida. Probablemente, la ciudad a la que más veces he viajado. La primera vez fui de adolescente, y me quedé realmente impactada, pues allí descubrí muchas cosas que yo intuía que existían, pero que no había visto del todo. Descubrí el movimiento punk, por ejemplo, aunque ya había conocido algo en Torremolinos, ya que muchos extranjeros iban a pasar el verano allí. Y cuando trabajaba en el periódico iba muchas veces a cubrir conciertos o hacer entrevistas a Londres. Pero en este viaje fui por primera vez de vacaciones. Javier, que entonces era mi pareja, no había estado nunca, y nos dedicamos a visitar los lugares más emblemáticos, a disfrutar la ciudad, a hacer turismo. Esa foto me la hice con la estatua de Carlyle, un escritor al que siempre he admirado.



“UN BUEN AMIGO”

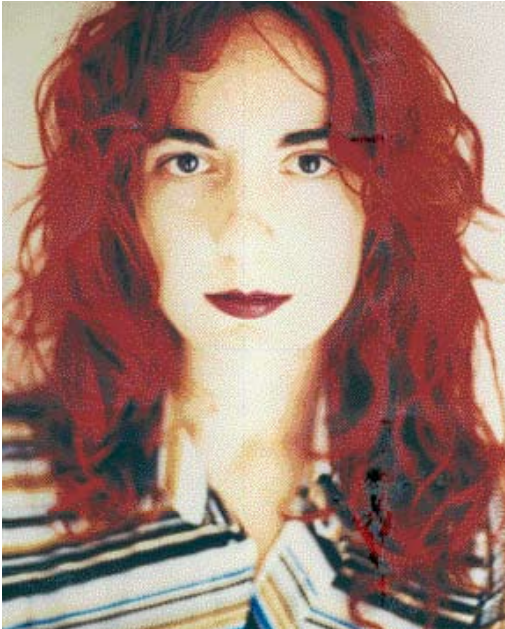
Esa imagen es del año 1993 o así, de la gira que hicieron Héroes del Silencio por Alemania. Yo tendría veintipocos años. Ellos eran famosísimos en España, pero decidieron que tenían que hacer carrera internacional fuera del país. Ese día ofrecieron un concierto en Berlín y yo había ido a cubrirlo para el periódico. Ahí estamos un grupo de periodistas con Enrique Bunbury y Pito, que fue representante de la banda del 87 al 95 y que era como el gran mánager de la época, pues también lo fue de Alaska, de Loquillo, de Gabinete Caligari y de muchos más. Yo me divertía muchísimo, claro, pues era muy joven y, además, me gustaba mucho la música. A Bunbury le tengo mucho cariño y le considero un buen amigo. De los músicos que conocí en aquella época, sigo manteniendo amistad con Loquillo y con él.

“LE QUIERO MUCHÍSIMO”

Yo vivía desde hace muchos años en Malasaña, pero para escribir esta novela me fui al campo. Me mudé a Robledo de Chavela, en la sierra de Madrid, con mi pareja, Javier Colis, a quien nunca le agradeceré lo suficiente que hiciera eso por mí. Y es que él prefería vivir en el centro de Madrid, pero se sacrificó para que yo tuviera el espacio y la tranquilidad que necesitaba para escribir. Como él es músico, así podíamos tener una casa más grande en la que él tuviera una habitación para tocar y yo otra para escribir, algo que en Malasaña no nos podíamos permitir. Después de nueve años juntos nos separamos. Él es una bellísima persona y yo le quiero muchísimo, así que no fue un proceso demasiado fácil. Entonces volví a Madrid y mi vida dio un cambio muy radical. Viajé mucho y lo llegué a pasar bastante mal por una serie de circunstancias, teniendo que hacer terapia con una psicóloga. Finalmente, cuando ya creía que había perdido la ilusión, me encerré y conseguí terminar esta novela, que yo creo que, de alguna forma, me salvó y me hizo entender mucho todo ese proceso de cambio tan doloroso. Ganar el premio fue de las pocas cosas buenas que me pasaron en el último año.



“MI PRIMERA NOVELA”



Esa foto me la hizo Jero Álvarez, hermano de Javier Álvarez y prestigioso fotógrafo. Sirvió para la contraportada de *Alivio rápido*, mi primera novela, que se publicó cuando yo ya había dejado el periódico y tenía 32 años. En esa época es cuando más metida estaba yo en la música, y la novela trataba mucho de eso, de las giras, conciertos, drogas... Recuerdo que el primer día que el libro se publicó me fui corriendo a la Fnac a verlo y me moría de la ilusión. Reconozco, eso sí, que diez años después me ha hecho la misma ilusión ver publicada *Contigo aprendí*. El día que gané el premio no pude evitar emocionarme y llorar como una niña.

“LO QUE SIEMPRE ME VÁ A EMOCIONAR”

Esa entrevista fue de las primeras que realicé y me hizo muchísima ilusión. ¡Tendría unos 20 años y le hacía una entrevista a Peter Murphy, vocalista de Bauhaus, que siempre fue mi grupo favorito! Además, él fue absolutamente encantador conmigo. No me decepcionó en absoluto. De adolescente recuerdo que me gustaba tanto que un día cogí de la librería de mi padre *La montaña mágica*, de Thomas Mann, porque en una entrevista leí que era el libro favorito de Peter Murphy. Entonces, más que nada, la paseaba. Era el complemento perfecto para una siniestra en el agosto de los 40 grados de Torremolinos. Toda de negro, pelo cardado, palidez sepulcral y Thoman Mann de la mano. Años después la retomé por razones que no vienen al caso, y me di cuenta entonces de que sí me entusiasmaba realmente. Me daba la paz que necesitaba ese mes, o a lo mejor no, pero me hacía recordar aquella época de descubrimiento. Otras de las entrevistas que me gustó mucho hacer fueron a David Bowie, Mick Jagger y Leonard Cohen.



“LA IMPORTANCIA DE LOS AMIGOS”

Ella es Palmira, mi representante, y ahí estamos, hace poco, en la fiesta literaria que organizó, con motivo de la Feria del Libro, la editorial Random House Mondadori. Ella es muy amiga mía y una de las personas que más ha creído en mi novela. Este último año he comprendido la importancia esencial que tiene la amistad en mi vida. Y es que, por ejemplo, Juanjo, mi mejor amigo, me ha acogido en su casa de Benalmádena (Málaga) cada vez que yo necesitaba refugio, un lugar con mar para escribir o, simplemente, encontrar un poco de consuelo. Allí escribí parte de esta novela. También he vivido parte del último año en casa de Fernando Sánchez Dragó, que, como estaba viviendo en Japón, me dejó su hogar el tiempo que hizo falta. Creo que si no fuera por ellos dos y por muchos otros amigos hubiera sido del todo imposible escribir esta novela.

